

La inseguridad del hombre moderno
en la problemática del pensamiento

por

J. ROIG GIRONELLA, S. I.

LA INSEGURIDAD DEL HOMBRE MODERNO EN LA PROBLEMATICA DEL PENSAMIENTO (*)

I

VERTIGO, ATURDIMIENTO, ABERRACION

Al formular el enunciado: *La inseguridad del hombre moderno en la problemática del pensamiento*, espontáneamente ocurrirá a no pocos una pregunta sobre el enunciado mismo: ¿Hay inseguridad en el pensamiento del hombre moderno?

Reflexionando hace algunos meses sobre esta pregunta y el modo de poder afirmar la existencia del problema, antes de describirlo y de proponerle solución, vino inesperadamente en mi ayuda algo decisivo. En efecto, se publicó el 6 de agosto de 1964 la primera y magna encíclica de S. S. Pablo VI, en la cual formula con nitidez y precisión el ambiente de vértigo, de aturdimiento, de aberración, que envuelve al hombre de hoy. Nada mejor que aducir las mismas palabras de Pablo VI para empezar afirmando que, efectivamente, el hombre de hoy está envuelto en un ambiente de inseguridad.

Dice así el Sumo Pontífice: "Todos saben por igual que la Humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu, vienen a modificarse íntimamente, ya con el progreso científico, técnico y social, ya también con las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma: los espíritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; de tal manera, que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, ima-

(*) Ponencia pronunciada en Barcelona el 21 de octubre en la Asamblea Nacional de Ejercicios. Reproducción autorizada de *Espíritu* (revista del Instituto Filosófico Balmesiana, apartado 1.382, Barcelona), núm. 51, enero-junio 1965.

ginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida" (1).

Esta es la expresión exacta: "Un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos." La inseguridad del hombre moderno en su pensamiento.

Por ello es muy curioso observar las continuas contradicciones en que incurren los hombres a causa de este alocado vértigo, que si bien todavía contiene en sí elementos buenos (que hemos de saber aprovechar), no destaca entre ellos la firme y decidida búsqueda de la verdad, que da una estabilidad incomparable. Este vértigo, por el contrario, hoy dice y mañana se desdice; afirma en una materia y en igual sentido niega en otra lo antes afirmado; ensaya y ensaya, pero sin asentar nada perdurable; después de haber abandonado (a veces temerariamente) un sistema filosófico que resistía firmemente el embate de siglos, arrumbándolo, sin más motivo que el de "lo nuevo", "lo que es de moda", "lo que todos dicen", se halla después que lo que ha construido en su lugar no puede resistir ni un lustro sin que exija constantemente dudas, vacilaciones, cambios: vértigo, aturdimiento, aberración.

Se pueden señalar algunas de estas típicas contradicciones, escogiéndolas casi al azar entre las muchas que bullen, especialmente en tres zonas del pensamiento: en lo filosófico, en lo teológico, en lo pastoral.

II

VERTIGO EN LO FILOSOFICO

En lo filosófico es bien patente esta inseguridad e inestabilidad. ¿Qué diríamos de un arquitecto que colocase una gran jácena para sostener sobre ella todo un edificio y que al mismo tiempo dijese que el edificio se sostendrá sin jácena, sobre un arco? Poner y quitar a la vez es un contrasentido. Pues bien, esto hacen ciertos pensadores, hasta dentro del campo católico: por ejemplo, uno de ellos dice que es piedra fundamental el sistema de Santo Tomás de Aquino, pero a vuelta de hoja defiende que el nuevo Santo Tomás de nuestros días es nada menos que Teilhard de Chardin. Pero, ¿cómo puede ser? Santo Tomás está esencialmente anclado en el pensamiento *absoluto* de la Metafísica de Aristóteles.

(1) Pablo VI: encíclica *Ecclesiam suam*, 6 de agosto de 1964. Citaré esta encíclica en la edición publicada por PPC., folleto 233-234; Madrid, 1964; *ib.* pág. 11.

¿Cómo, manteniéndolo, puede asociársele con una concepción radicalmente bergsoniana, de evolución total, que va desde la materia al viviente, del viviente al animal, del animal material al espíritu humano? ¿Santo Tomás, que admite la esencial *gratuidad* del orden sobrenatural, con el “*punto omega*” de la evolución al cual tendería la naturaleza material por sí misma, punto que sería la Encarnación, con que Dios se uniría a este mundo en evolución, para salvarlo así, pero sin mencionar para nada el “pecado”? *Si estas palabras significan lo que suenan a los oídos de cualquier persona sincera, no sólo no están de acuerdo con Santo Tomás, sino que están en el polo opuesto.* ¿No significan lo que suenan? Entonces, precisamente esto demuestra lo que decíamos, este vértigo, este aturdimiento, esta aberración del pensamiento de hoy, que levanta banderas y enaltece consignas, que hay que empezar entendiéndolas al revés de lo que significan.

Otros hay que ponen como exponente del pensamiento de hoy la libertad política, social; pero a vuelta de hoja se tragan, como moda intelectual, que no hay libertad psicológica, basándose en interpretaciones infundadas del psicoanálisis. ¿Cómo puede ser que si el hombre no es libre psicológicamente, si está condenado a seguir fatalmente impulsos inconscientes irreprimibles, tenga como eje de su progreso la libertad para elegir libremente a un partido político? Si no es libre, no tiene libertad; si tiene libertad para elegir, es libre. Una cosa u otra, pero ¿cómo ambas a la vez? Sin embargo, esto es precisamente lo que hacen: ambas a la vez. Por ejemplo, los marxistas del comunismo: partiendo de la evolución triádica hegeliana, *no hay libertad posible en la evolución.* ¿Cómo, pues, pueden lanzar la consigna de la libertad? ¡Oh! - me dirán—, es que ambas son un mito: el hombre ha de hacer “como si fuera libre”. ¡Peor aún! Porque ahora, para salvar la contradicción, se cae en el escepticismo, puesto el cual lo mismo da decir una cosa que otra: vértigo, aturdimiento, aberración del pensamiento.

Tampoco faltan quienes están clamando por sistemas nuevos, concepciones nuevas, teorías nuevas. Pero a poco de haberlo dicho (como razón suprema por arrinconar, sin más, la Encíclica de León XIII, de 1879, *Aeterni Patris*, que propugna el cultivo de la filosofía escolástica que tantos frutos ha dado), sin embargo, inmediatamente, descubre uno que empiezan a declarar como *fundamental para el pensamiento de hoy la filosofía de Kant, de 1781.* ¿Pero no decís “lo nuevo”? Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Lo nuevo cuando os conviene, para arrumbar lo que no queréis con

pretexto de que no es nuevo; pero lo viejo cuando os agrada, alegando que es nuevo sin serlo?

Es obvio que replicarán: "Hay motivos para mantener lo uno y lo otro." ¿"Motivos" habéis dicho? Entonces, la razón ya no es la que alegábais constantemente, sino otra: *motivos*, que examinados internamente hagan ver qué es verdad y qué no lo es. Pero esto es precisamente lo que defendemos nosotros cuando tantas veces han dicho los Sumos Pontífices, por ejemplo, Pío XII: "Ni lo nuevo, por ser nuevo, se ha de admitir; ni lo viejo, por ser viejo, se ha de rechazar, sino admitir lo nuevo en cuanto sea verdadero y rechazar lo viejo en cuanto no lo sea."

No obstante, apenas se haya un repuesto de esta sorpresa, encontrará en seguida que el pensamiento en boga hoy día admite corrientemente en las ciencias la teoría de la relatividad de Einstein (y, por cierto, la admite acertadamente, con fundados motivos); pero, si esta teoría es admitida, ¿cómo pueden admitir la aprioridad trascendental (digamos más claramente: "subjettiva") del espacio y del tiempo, según el pensamiento de Kant? O ¿cómo admitir a la vez las teorías modernas sobre la paleontología y la evolución, si el tiempo es una forma *a priori* del hombre, y se trata en estas ciencias precisamente de una evolución objetiva de la naturaleza cuando no había hombres?

Como éstas podríamos ir señalando mil incoherencias más para retratar este interno vértigo del pensamiento de hoy. Pero, para dejar ya este punto, sólo recordaré un caso que me sucedió a mí mismo.

Estaba dialogando con un sacerdote de cierta nación europea, que se declaraba "muy abierto a lo moderno". Y para él lo moderno era —como indicaba hace poco— autores viejísimos del siglo pasado, tales como Fichte, Schelling y Hegel; verdad es que también mezclaba algunos de nuestros días, como Heidegger y Jaspers. Yo replicaba mostrándole las internas contradicciones que hay en estos pensadores, los escasísimos frutos que para edificar un sistema coherente y permanente del pensamiento católico han añadido estas concepciones. Ante mi sorpresa, replicó: "Lo mismo que hizo Santo Tomás en el siglo XIII, que supo adaptar al pensamiento católico a Aristóteles, pagano, o lo que hizo San Agustín en el siglo V con Platón, esto es lo que hacemos hoy nosotros con los representantes de un pensamiento no católico." Mi réplica consistió en una sola observación: Santo Tomás supo cribar en Aristóteles lo verdadero, separándolo de lo falso, e integrar lo primero dentro de una gran síntesis concordante con la verdad católica, y fue gran mérito suyo; pero el resultado de esta

adaptación fue edificar un pensamiento coherente y firme, que ha resistido siete siglos, y que por su íntima trabazón puede durar siete o ciento siete siglos más. ¿Puede decirme con cuál de estos filósofos han sido capaces ustedes de edificar un sistema que nos dure, no digo ya siete siglos, sino un siglo, y qué base racional, requerida para que las verdades de la fe puedan a su luz exponerse y profundizarse, han aportado? Naturalmente, no pudo responder. Sólo insinuó: "Esto es lo que querríamos hacer, lo que intentamos." Bueno, pues cuando lo hayan logrado, entonces preséntenoslo para que lo examinemos críticamente; entre tanto, no se valgan de un mero ensayo, un vulgar intento o deseo, para destruir lo que es nuestro tesoro, la tradición del pensamiento cristiano secular.

Por otra parte, recordemos que la respuesta ya está dada. La dio en 1950 el Sumo Pontífice Pío XII en su magna encíclica, cuando dijo: "Crean que se abre también el camino para obtener, según lo exigen las necesidades modernas, que el dogma sea formulado con las categorías de la filosofía moderna, ya se trate del inmanentismo, o del idealismo, o del existencialismo, o de cualquier otro sistema. Algunos, más audaces, afirman que esto se puede y debe hacer también, por la siguiente razón: porque, según ellos, los misterios de la fe nunca se pueden significar con conceptos completamente verdaderos, sino sólo con conceptos aproximativos y que continuamente cambian, por medio de los cuales la verdad se indica, sí, en cierta manera, pero también necesariamente se desfigura. Por eso no piensan ser absurdo, sino antes creen ser del todo necesario que la Teología, según los diversos sistemas filosóficos que en el decurso del tiempo le sirven de instrumento, vaya sustituyendo los antiguos conceptos por otros nuevos, de suerte que en maneras diversas y hasta cierto punto aun opuestas, pero, según ellos, equivalentes, haga humanas aquellas verdades divinas. Añaden que la historia de los dogmas consiste en exponer las varias formas que sucesivamente ha ido tomando la verdad revelada, según las varias doctrinas y opiniones que a través de los siglos han ido apareciendo. Por lo dicho, es evidente que estos conatos no sólo llevan al *relativismo dogmático*, sino ya de hecho lo contienen, pues el desprecio de la doctrina tradicional y de su terminología favorece ese relativismo y lo fomenta. Nadie ignora que los términos empleados, tanto en la enseñanza de la Teología como por el mismo magisterio de la Iglesia, para exponer tales conceptos pueden ser perfeccionados y perfilados. Se sabe también que la Iglesia no ha sido siempre constante en el uso de unos mismos términos. Es

evidente, además, que la Iglesia no puede ligarse a cualquier efímero sistema filosófico; pero las nociones y los términos que los doctores católicos, con general aprobación, han ido componiendo durante el espacio de varios siglos para llegar a obtener alguna inteligencia del dogma, no se fundan, sin duda, en cimientos tan deleznable. Se fundan, realmente, en principios y nociones deducidas del verdadero conocimiento de las cosas creadas, deducción realizada a la luz de la verdad revelada, que, por medio de la Iglesia, iluminaba, como una estrella, la mente humana. Por eso no hay que admirarse que algunas de estas nociones hayan sido no sólo empleadas, sino también sancionadas por los concilios ecuménicos, de suerte que no es lícito apartarse de ellas. Abandonar, pues, o rechazar o privar de valor tantas y tan importantes nociones y expresiones que hombres de genio y santidad no comunes, con esfuerzo multiseccular, bajo la vigilancia del sagrado ministerio y con la luz del Espíritu Santo, han concebido, expresado y perfeccionado para expresar las verdades de la fe cada vez con mayor exactitud, y sustituirlas con nociones hipotéticas y expresiones fluctuantes y vagas de una moderna filosofía que, como la flor del campo, hoy existe y mañana caerá, no sólo es suma imprudencia, sino que convierte el dogma en una caña agitada por el viento. El desprecio de los términos y las nociones que suelen emplear los teólogos escolásticos lleva, naturalmente, a enervar la Teología especulativa, la cual, por fundarse en razones teológicas, ellos juzgan que carece de verdadera certeza" (2).

III

EN LO TEOLOGICO

Esta larga pero preciosa cita de las palabras del Sumo Pontífice Pío XII nos ha llevado espontáneamente de la consideración de la crisis filosófica a las graves consecuencias que entraña para lo teológico, y es obvio que sea así, puesto que la Teología no se puede limitar a comprobar las palabras materiales con que en la Escritura y Tradición Dios nos ha comunicado una verdad; se hace indispensable fijar cada vez con mayor precisión su sentido y alcance, de modo que sea concorde con la mente humana: se hace imprescindible defender estos dogmas de los que los impug-

(2) Pío XII: Encíclica *Humani Generis*, 12 de agosto de 1950; AAS. 12 (1950), 565-567.

nan, ya abiertamente oponiéndoseles, ya solapadamente corrompiendo su sentido. Pero todo ello es una labor que se hace por medio de la razón, según unos principios racionales, es decir, filosóficos. Destruir, pues, a éstos, por necesidad ha de tender a entorpecer o destruir la labor del teólogo, como por lo demás ya muchas veces hemos ido comprobando.

Un típico ejemplo de la crisis que produce en lo teológico el afán de adaptarse a falsas mentalidades filosóficas, está en lo que pasó a principios de siglo con el llamado "modernismo", el cual no era más que un intento de introducir dentro de la Teología católica la crisis del immanentismo filosófico kantiano, el irracionalismo conceptual, en que había caído de lleno el protestantismo liberal. Así consta, por ejemplo, en aquella proposición que condenó San Pío X en el decreto *Lamentabili*, proposición que decía así: "El catolicismo de hoy día no puede conciliarse con la verdadera ciencia, a no ser que se transforme en cierto cristianismo no-dogmático; es decir, en un protestantismo amplio y liberal" (3).

Es maravillosa la descripción que de la equivocada mentalidad modernista da San Pío X en la Encíclica *Pascendi*, en la cual muestra muy bien esta íntima trabazón que hay entre Filosofía y Teología, este agnosticismo irracionalista, pero soberbio, que los empujaba. Dice así uno de los párrafos de esta Encíclica: "Pero volvamos un momento a aquella tan perniciosa doctrina del *agnosticismo*. Según ella, no existe camino alguno intelectual que conduzca al hombre hacia Dios; pero el sentimiento y la acción del alma misma le deparan otro mejor. Sumo absurdo que todos vemos, pues el sentimiento del ánimo responde a la impresión de las cosas que nos proponen el entendimiento, los sentidos externos. Suprimid el entendimiento y el hombre se irá tras los sentidos externos, con inclinación mayor aún que la que ya le arrastra" (4).

Por esto es característico de la mentalidad modernista la aversión hacia la filosofía escolástica, tanto como hacia la teología escolástica, que requieren, por el contrario, un ponderado, sobrio, humilde ejercicio de la razón en busca de la verdad. Dice así San Pío X: "Por esto ridiculizan generalmente y desprecian la filosofía y teología escolástica, y ya hagan esto por ignorancia o por

(3) Pío X: decreto *Lamentabili*, 3 de julio de 1907. Proposición número 65: "Catholicismus hodiernus cum vera scientia componi nequit, nisi transformetur in quendam christianismum non dogmaticum, id est in protestantismum latum et liberalem"; Denz. (ed. 30.^a, Barcinone, 1955) 2065.

(4) Pío X: encíclica *Pascendi*, 8 de septiembre de 1907: "Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios", por M. P. Galindo; Madrid (Ac. Cat. Esp.), 1962, 6.^a ed., tomo I, pág. 965.

miedo, o, lo que es más cierto, por ambas razones, es cosa averiguada que el deseo de novedades va siempre unido con el odio al método escolástico y no hay otro más claro indicio de que uno empieza a inclinarse a la doctrina del modernismo que el comenzar a aborrecer el método escolástico. Recuerden los modernistas y sus partidarios la condenación con que Pío IX estimó que debía reprobarse la opinión de los que dicen: «El método y los principios, con los cuales los antiguos doctores escolásticos cultivaron la Teología, no corresponden a las necesidades de nuestro tiempo ni al progreso de la ciencia» (5).

Pudiera quizá alguien imaginar que se hundió aquella desgraciada mentalidad modernista, y que hablar hoy día de ella ya es superfluo. Pero se engaña de medio a medio quien así piense. La crisis de la llamada "Teología nueva", contra la que Pío XII reaccionó dándonos las enseñanzas de la *Humani Generis* en 1950, manifestó que el antiguo modernismo había tomado otra forma más sutil, pero que proseguía por los mismos cauces, con la misma mentalidad, según puede comprobar cualquiera que lea las palabras del Sumo Pontífice, como, por ejemplo, éstas: "Es, pues, altamente deplorable que hoy día algunos desprecian una filosofía que la Iglesia ha aceptado y aprobado, y que imprudentemente la apelliden anticuada en su forma racionalística (así dicen) y en sus procedimientos, pues afirman que esta nuestra Filosofía defiende erróneamente la posibilidad de una metafísica absolutamente verdadera, mientras ellos sostienen, por el contrario, que las verdades, principalmente las trascendentes, sólo pueden expresarse con doctrinas divergentes que mutuamente se completan, aunque entre sí parezcan oponerse. Por lo cual conceden que la filosofía que se enseña en nuestras escuelas, con su lúcida exposición y solución de los problemas, con su exacta precisión de los conceptos y con sus claras distinciones, puede ser apta preparación al estudio de la Teología, como se adaptó perfectamente a la mentalidad del medioevo; pero creen que no es un método que corresponda a la cultura y a las necesidades modernas. Añaden, además, que la Filosofía perenne es sólo una filosofía de las esencias inmutables, mientras que la mente moderna ha de considerar la *existencia* de los seres singulares y la vida en su continua fluencia. Y mientras desprecian esta filosofía, ensalzan otras, antiguas o modernas, orientales u occidentales, de tal modo que parecen insinuar que cualquier filosofía o doctrina opi-

nable, añadiéndole algunas correcciones o complementos si fuere

(5) *Ibid.*, pág. 968.

menester, puede compaginarse con el dogma católico, lo cual ningún católico puede dudar ser del todo falso, principalmente cuando se trata de los falsos sistemas llamados inmanentismo, o idealismo, o materialismo, ya sea histórico, ya dialéctico, o también existencialismo, tanto si defiende el ateísmo, como si al menos impugna el valor del raciocinio metafísico" (6).

Si podía decirse que el modernismo de 1907 seguía, pues, perturbando en 1950, según se colige de las palabras de Pío XII que acabamos de citar, también puede decirse que este "neo-modernismo" de 1950 prosigue actuando en 1964, como lo dice expresamente Paulo VI en su reciente encíclica *Ecclesiam suam*: "El fenómeno modernista, que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones herterogéneas extrañas a la auténtica realidad de la religión católica" (7).

Por esto no es raro que, así como un observador atento descubre en lo filosófico aquel cúmulo de incoherencias y contradicciones que antes señalábamos, descubra también una semejante inseguridad de vértigo en las corrientes teológicas de hoy día.

Por un lado proclaman: "lo más antiguo, lo primitivo", y a este propósito, el mismo Paulo VI ha tenido que advertir: "No nos engañe el criterio de reducir el edificio de la Iglesia, que se ha hecho amplio y majestuoso para la gloria de Dios, como magnífico templo suyo, a sus proporciones iniciales mínimas, como si aquéllas fuesen las únicas verdaderas, las únicas buenas" (8), pues también la evolución histórica de la Iglesia hasta hoy se ha hecho bajo la guía del Espíritu Santo. Pero de repente pasan al extremo opuesto, y en vez de proclamar "sólo lo antiguo", cuando la Iglesia admite las legítimas adquisiciones modernas, proclaman: "sólo lo moderno, nada antiguo", y entonces también ha de repetirles el Supremo Pontífice que la palabra de Dios es inmutable y la Iglesia no ha de "reformarse", como si hubiera salido del camino que el Señor le señaló (9), antes al revés, ha de adquirir más profunda conciencia de sí misma, acudiendo a las mismas fuentes de la revelación divina, contenida en la Escritura y en la Tradición manifestada por el secular magisterio de la Iglesia.

Una inestabilidad parecida se observa también en el campo teológico con la oscilación entre la unidad y la división. Por un lado brota de todas partes un clamor, ciertamente bienvenido, de unanimidad, de reunión de los hermanos separados; pero por otro

(6) Pío XII: encíclica *Humani Generis*: AAS. 12 (1950), 573-574.

(7) Pablo VI: encíclica *Ecclesiam suam*, pág. 11.

(8) *Ibíd.*, pág. 25.

(9) *Ibíd.*, pág. 24.

precisamente miran con recelo el único principio de unidad, la roca firme que es San Pablo y sus sucesores, sobre la que Jesucristo edificó su Iglesia. Por esto dice Su Santidad a este propósito: "¿No hay quienes sostienen que si se suprimiese el primado del Papa, la unificación de las Iglesias separadas con la Iglesia católica sería más fácil? Queremos suplicar a los hermanos separados que consideren la inconsistencia de tal hipótesis, y no sólo porque sin el Papa la Iglesia católica ya no sería tal, sino porque faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro, la unidad se desmoronaría, y en vano se intentaría reconstruirla luego con criterios sustitutivos de aquel auténtico establecido por el mismo Cristo: se formarían tantos cismas en la Iglesia cuantos sacerdotes, escribe acertadamente San Jerónimo" (10).

Por un lado piden a la Iglesia que renuncie a todo lo que a ellos no les va en gusto, alegando que es obstáculo a la universalidad de la Iglesia; pero por otro lado intentan hacer, como ha dicho alguien, una "Iglesia de catacumbas", tan extenuada, tan acobardada ante los poderes del Estado, tan alejada de toda acción pública, de las ciencias, de las bellas artes, tan eclipsada en su jerarquía visible, que así amordazada, como Iglesia de catacumbas, se haga del todo imposible que sea universal.

Exigían hace algunos años que el sacerdote dejase todas o casi todas sus prácticas espirituales y típicamente sacerdotales, portándose como un obrero de pico y pala, bajo pretexto de que había de "dar testimonio" en aquel ambiente. Y ¿no servirían para ello religiosos, no sacerdotes? No. Había de ser precisamente sacerdotes, como si en esto estuviera toda la eficacia. Pero de repente claman en sentido opuesto, que el sacerdote no debe dedicarse a la enseñanza en escuelas y universidades, por pretexto de que no es la ciencia su estricta función sacerdotal, a pesar de que la enseñanza no les impide sus prácticas espirituales, sacerdotales, ni "dar testimonio" precisamente en otro ambiente, el cultural, que a veces es del todo pagano, y que se paganizará más si se aleja de él el sacerdote.

Por un lado quieren tanta espiritualidad, que invocan en su ayuda a los "carismáticos", hasta sin la jerarquía o tal vez frente a ella; pero por otro lado tienen tanta aversión a la espiritualidad fundada en el sacrificio, que en realidad caen en un fuerte naturalismo que les hace mirar con simpatía todo lo que sea evolución desde la materia a la vida, y hasta al espíritu, como

(10) *Ibid.*, pág. 52.

hasta una exigencia de lo sobrenatural, de tal suerte que uno no sabe si llevan Dios al mundo, o bien si pretenden que el mundo se baste con sus fuerzas, tomando el nombre de Dios.

IV

EN LO PASTORAL

Nadie se sorprenderá que un confusionismo parecido al filológico y al teológico se manifieste también en la práctica pastoral, pues ésta es como una manifestación y prolongación de las doctrinas.

Son muchos los hechos que manifiestan este alocado vagar sin criterio ni norte, hacia cualquier práctica que tenga apariencias de novedad o de adaptación. Pero se nos hace necesario aludir por lo menos a algunos de ellos.

Tal es, por ejemplo, la curiosa contradicción entre el clamor para dar santidad a los seglares y, por otro lado, el ansia no menos exacerbada para atacar la virginidad, el voto de castidad y hasta la castidad matrimonial, bajo todas formas que exijan sacrificio, dominio de la naturaleza, como se ve en las recientes propagandas para un uso exagerado de anovulatorios, los cuales, si bien en ciertos casos y con precisos límites pueden ser lícitos, ciertamente no lo serán para que el seglar vea en el matrimonio como una especie de liberación de toda sumisión a la ley de Dios, que siempre es penosa y pide sacrificio, cuando pone un límite a la libertad y a la concupiscencia de nuestra naturaleza.

No es menos curiosa la mentalidad manifestada por muchos, que mientras claman ruidosamente por la "sinceridad", por la "autenticidad", por el "compromiso a fondo", en cambio cuando uno les ha creído y piensa que, efectivamente, proceden con tal sinceridad, con tal autenticidad y con compromiso cristiano a fondo, descubre por otro lado, con no menor sorpresa, que no tienen ni idea de la virtud de la obediencia a la Autoridad de la Iglesia. Ante las ordenaciones de la autoridad de la Iglesia hacen una curiosa selección: si una norma doctrinal o si una práctica pastoral resulta conforme con sus propias doctrinas y prácticas, es ensalzada y coreada; pero si les es adversa, le hacen un vacío absoluto, la dejan caer en el mayor desdén y luego ni se puede pensar en que se sometan obedeciendo. Tal es, por ejemplo, el reciente y curioso caso de Juan XXIII: el mismo Papa que dio la Encíclica *Pacem in terris* (que al principio saludaron a coro, porque cre-

veron favorable a su mentalidad; ahora ya el coro ha bajado a tono menor) es el mismo Papa que dio la Constitución Apostólica *Veterum Sapientia* sobre el estudio y el uso del latín (opuesto a su mentalidad). Ahora bien, me creo dispensado de decir qué se ha hecho con una y otra ordenación, porque son públicos los hechos. Y así constantemente. Si me dijeren cuál es la crisis más grave en los católicos de hoy, diría sin titubear que es la falta de obediencia; pero esto hemos de decirlo en el siglo de la "sinceridad", de la "autenticidad", del "compromiso a fondo".

La Iglesia ha manifestado siempre una actitud acogedora respecto del que deseaba entrar en su seno. Pero bajo la inspiración del Espíritu Santo, muy oportunamente ha insistido de un modo peculiar estos últimos años en la llamada a la unión de los hermanos separados. Si no hay simpatía, si no hay comprensión de sus puntos buenos, si no hay concesión en todas aquellas cosas en que puede haberla, no llegará la tan deseada unión. Esto está claro y es admisible. Pero una cosa es acercarse al caído, acercarse al separado, acercarse al alejado, para que participe de la verdad, y otra cosa muy distinta es alentarle para que permanezca en su separación. Alentarle para el mal, no; alentarle para el bien, sí. Pero no soy yo, fue una conocida voz, la de Agustín Gemelli, quien en un artículo famoso, hace ya años, lanzó como un trallazo la terrible idea: ¿Adónde van los católicos con su constante sonreír al error, al hereje, al separado, al masón, al racionalista, al ateo? Van —decía él— a lo que comprobamos: recibimos amistad humana del racionalista, del ateo, del masón; pero al fin de cuentas, el racionalista queda racionalista, el ateo queda ateo, el masón queda masón. Esto no es apostolado; esto es, con pretexto de apostolado, copiar con un mimetismo cobarde el ambiente del mundo exterior, por no tener suficiente valor y vida interior para difundir el mensaje de salvación. En vez de llevar la naturaleza a la verdad de Dios, su gesto parece que intenta sumergir la voz de Dios dentro de la naturaleza; pero esto es "naturalismo", no apostolado.

El Sumo Pontífice Pablo VI tiene en su maravillosa Encíclica un párrafo que dice así: "El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del cristianismo, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, atenta al carácter absoluto de los principios cristianos; la costumbre de suprimir, la costumbre de excluir todo esfuerzo, toda molestia de la práctica ordinaria de la vida, acusa de inutilidad fastidiosa a la disciplina y a la ascesis cristiana; más aún, a veces el desceo apostólico de acercarse a los ambientes profanos o de hacerse acoger por los espíritus modernos —de los

juveniles especialmente— se traduce en una renuncia a las formas propias de la vida cristiana y a aquel mismo estilo de conducta que debe dar a tal urgencia de acercamiento y de influjo educativo su sentido y su vigor. ¿No es acaso verdad que frecuentemente el clero joven, o también algún celoso religioso, guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares, trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la eficacia genuina de su apostolado?" (11).

O con otras palabras, con pretexto de adaptación para una más profunda penetración, hacen una adaptación que imposibilita toda profunda penetración. No es mala de suyo la adaptación; antes, al contrario, todo ser viviente está continuamente adaptándose al ambiente externo, y en cuanto no es capaz de esta función vital, muere; pero queda siempre "el mismo", "aquel viviente de tal especie", que crece "según sus propias leyes". La adaptación vital no la hace para hacerse extraño a sí mismo, sino al revés, para ser con más vigor lo que es. Nadie más adaptado al oído popular de sus oyentes que Jesucristo con sus parábolas; pero nadie más divinamente exigente que Él, señalando el "camino angosto" y "la puerta estrecha": "lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡estad alerta!" (Mc. 13, 37).

V

¿PESIMISMO U OPTIMISMO?

Después del cuadro que a grandes pinceladas hemos trazado sobre el ambiente de vértigo, sobre el aturdimiento, sobre la aberración del mundo que nos rodea, puede uno preguntarse justamente: ¿domina, pues, acaso el pesimismo ante un cuadro tan desolador?

Nada de esto, sino el optimismo más franco y sincero.

Tendríamos pesimismo si la obra de Dios en este mundo no fuera obra de Dios, sino puramente humana, que tuviera que perdurar y desarrollarse con medios humanos; pero no es así.

Hace poco, en el *Congreso de espiritualidad paulina*, celebrado en Tarragona con ocasión del XIX Centenario de la venida de San Pablo a España, expuse en una ponencia precisamente este punto (12), como uno de los fundamentales en la doctrina del

(11) *Ibid.*, pág. 26.

(12) *Espiritu* (Barcelona), 13 (1964), 12-26, pág. 22.

apóstol: "Lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo flaco de Dios, más fuerte que los hombres" (13).

Es Dios quien ha tomado la predicación de la cruz (que choca a los oídos del mundo) y la predicación de la resurrección (que ante los ojos humanos es difícil creer). Y ha tomado precisamente estos medios para anunciar a los hombres el camino de su salvación. Es El quien no sólo ha dado una eficacia divina a esta predicación, sino aquel cuya Providencia vela para que salga adelante el mismo anuncio de salvación para que pueda salvarse quien quiera oír la verdad; anuncio que proseguirá a pesar de los embates que periódicamente ha de ir recibiendo de las miras humanas, que no roban los estrechos horizontes sensibles.

Cuando en el siglo XIV se inició aquel movimiento avasallador que llamamos "renacimiento", el cual en lo intelectual proclamaba lo "nuevo", la *via nova* de los nominales, racionalistas, frente a la *via antiqua* de los reales, y en la práctica religiosa se dejaba encandilar por un apasionado amor a los paganos y a la naturaleza, como era patente en los llamados "humanistas", fue Dios quien, si bien permitió que en 1517 Lutero desgajase de la unidad de la Iglesia una porción de su pueblo, hizo, sin embargo, se difundiese desde el siglo XIII con San Francisco una llamada a abdicar los bienes de la naturaleza viendo a Dios en todo; y después, como reacción contra Lutero, se produjo en el seno de la Iglesia una gran renovación, que en lo doctrinal se llamó Trento y en la práctica religiosa fue aquella legión de santos del siglo XVI, algunos de los cuales, como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, llevaron el espiritualismo católico a sus más altas cumbres, y otros, como San Cayetano, o San Ignacio, o San José de Calasanz, llevaron el apostolado a formas modernas de acción.

Y si en el siglo XVIII el movimiento del "iluminismo" con Voltaire y los enciclopedistas culminó en la apostasia de la revolución, en cambio, suscitó Dios en el siglo XIX una verdadera renovación contra estos excesos del racionalismo, por un lado, y del irracionalismo por otro, dándonos el tesoro equilibrado y firme de la doctrina del Concilio Vaticano I, como también paralelamente suscitó las grandes formas del apostolado de hoy día, tanto en lo social (por ejemplo, con San Juan Bosco) como en todos los otros órdenes, con un movimiento que ha culminado en el Concilio Vaticano II, que ha consagrado este afán santamente renovador y deseoso de nueva eficacia apostólica.

Lo que sucede es, pues, que estamos sufriendo en nuestros

(13) I Cor. 1, 24-25.

días nada más que un embate, uno de tantos, como se van sucediendo a través de los siglos, y se irán sucediendo en adelante. Sucederá ahora lo que siempre ha sucedido: los restos parciales de verdad, que siempre quedan mezclados en medio de los grandes errores, encandilarán a muchos y serán ocasión de que muchos se pierdan; pero será también ocasión de que muchos otros, reaccionando contra el error y contra el mal que los acompaña, sepan aprovecharse de ellos para afianzarse más en el camino de Dios.

Pero, ¿por qué maravillarnos de eso cuando ha sido constantemente el proceder del Señor tomar caminos "que no son los nuestros"? (14). Como hizo, por ejemplo, con su mismo pueblo escogido, Israel, cuando éste, obstinándose sin cesar en la apostasía, recibió como castigo la destrucción de Jerusalén el año 587 antes de Cristo y la deportación y cautiverio de Babilonia. Ante los ojos humanos de los israelitas de entonces, aquello parecía iba a ser la destrucción de su pueblo, pero fue, por el contrario, el germen del futuro pueblo unificado alrededor de la verdadera fe en Yahve, unificación que se hizo precisamente con los deportados, no con los que quedaron en Judea ni con los que se fugaron a Egipto, que en parte apostataron y en gran parte fueron pasto de la espada babilónica.

El Espíritu Santo que rige a su Iglesia hace que siga esta majestuosa marcha que cruza los siglos a través de la historia, con una fuerza misteriosa que en sus entrañas va renovándola sin cesar, contando siempre con la libertad humana que puede oponérsele, contando con sus fallos, apostasías y limitaciones, pero así siempre renovándola, suscitando santos admirables, dándonos la maravillosa unidad de doctrina anclada en la roca de Pedro y superando todas las conjuras de un modo que, mirado humanamente, no tendría explicación.

No cabe el pesimismo en el católico consciente; y si lo tiene, es porque tendrá muy poca fe.

VI

REMEDIOS PARA EL MAL

No obstante, el hecho de que contemos con la acción divina en nada nos dispensa de tomar todos los medios adecuados para nues-

(14) Isaias, 55, 8-9.

tra cooperación humana. Como la fuerza de las manos y la inteligencia con que el escritor empuja y dirige la pluma para escribir un libro no prescinden de la cooperación de la pluma, antes la suponen, por más que el mérito del libro no se atribuya después al instrumento, sino al que le dio su eficacia moviéndolo.

¿Cuáles son los medios que pide nuestra cooperación, a fin de evitar que prosigan los graves males de vértigo, de aturdimiento, de aberración del pensamiento?

Mi respuesta es, ante todo, la más obvia: los mismos Sumos Pontífices que han denunciado estos males (como, por ejemplo, para citar ahora sólo tres nombres, San Pío X, Pío XII y Pablo VI), ellos mismos son quienes, junto a la denuncia de tanto mal, señalan también los medios adecuados para promover los bienes opuestos. La lectura, pues, de los documentos pontificios es el consejo más inmediato para hallar la orientación buscada.

No obstante, podemos ahora reducir a dos los medios más generales que pueden señalarse.

1.º Actitud de fidelidad y de valentía.

De nada sirve a las fuerzas de artillería de un ejército contar con numerosas y potentes piezas si no toman una puntería acertada, que dé en el blanco. De modo semejante, de nada sirve multiplicar los libros, las revistas católicas, las conferencias y los centros de enseñanza superior, las asambleas y reuniones para "poner al día" nuestro apostolado, si toda esta actividad no da en el blanco, por tomar una actitud equivocada los que la llevan a cabo. Tomar una actitud acertada es lo primero y más indispensable para la eficacia de la acción. Pero, ¿nos preocupamos de ello tanto como de promover nuevos medios de apostolado y de que estén bien al día?

La actitud fundamental de todo apostolado —aunque parezca una tautología decirlo, muchos proceden como si lo olvidasen— ha de ser llevar al hombre a quien se dirige, a la verdad y a toda la verdad; quizá no inmediatamente, sino dentro de un tiempo en que dé su fruto el ambiente promovido (una prisa excesiva puede ser nociva); pero aunque mediatamente y poco a poco, nuestra acción ha de apuntar a la verdad.

A veces es un medio de prudencia que "provisoriamente" no se diga "toda" la verdad, sino en el momento en que el oyente esté bien dispuesto a oírla, pues "callar" no es "negarla", lo cual no puede hacerse nunca. Pero no pocas veces, me atrevería

a decir muchísimas, se esconde bajo este nombre de prudencia una gran cobardía, la cual hace que, a fuerza de callar, callar siempre, siempre, aquello que el mundo no quiere oír, acabemos olvidando estas verdades, o bien no dándoles la importancia capital que tienen. Entonces, ¿cómo han de apreciarlas aquellos a quienes nos dirigimos si nosotros mismos no las apreciamos?

Otras veces imaginamos que el apostolado consistirá en un "equivoco"; por ejemplo, emplear la expresión "la materia se convierte en espíritu" para que el materialista y naturalista hallen un cebo, pero que el espiritualista y cristiano habrán de corregir, entendiendo que la materia no se "convierte" en espíritu, sino que ante la apariencia sensible "hay una gradación" de seres desde los materiales a los espirituales. Esto es la técnica del equivoco, del engaño, que no sólo nunca han empleado Jesús y los apóstoles, sino que es indigna de cualquier escritor católico digno de este nombre. Y, sin embargo...

No pocas veces también imaginamos que el apostolado consistirá en la táctica del "compromiso parlamentario". Se ha cortado un tubo de plomo en una instalación hidráulica, perdiéndose un centímetro de conducción. El fontanero tira un poco hacia la derecha el tubo de la izquierda y un poco hacia la izquierda el tubo de la derecha para soldarlos. Esta técnica del compromiso es, en realidad, una traición a la verdad. Cierzo que a veces confundimos con la verdad lo que no es tal, sino un conjunto de añadiduras personales, locales, temporales, sólo probables, que podremos corregir y perfeccionar, y hasta deberemos hacerlo. Pero también es cierto que con frecuencia se quiere hacer el compromiso a base de una mutilación de la verdad, y este camino conducirá siempre al fracaso, porque el Espíritu de Jesús, que es quien conduce a la Iglesia, es Espíritu de verdad y la ha hecho "una", anclada en la roca de Pedro.

También creen no pocos que el apostolado consistirá en tomar una actitud puramente "natural", al nivel de una organización, o con el poder del dinero, o mirando la vida como si fuera un término directo del descanso del corazón humano. Pero el naturalismo yerra tanto como erraban los judíos que clamaban ante la cruz: "Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en Ti." No había de bajar, precisamente porque lo era, y porque era así como redimía. Todo apostolado que no mire los medios externos (indispensables, queridos por Dios, eso sí) como puro medio, cuya eficacia vendrá de Dios, sino que les dé a ellos la categoría de medios proporcionados; o bien que confie atraerse a los hombres a base de dejarles creer que este mundo

es sitio de holganza y placer, es un apostolado naturalístico, que está radicalmente equivocado: *magni gressus, sed extra viam*.

Más frecuentemente aún pierden el "sentir con la Iglesia" o el "sentido de la Iglesia", como pierden el "sentido de la tradición divina" que está en ella, o hasta el "sentido de la verdad". Puede un artista conocer muy bien la técnica de su arte, pero si pierde el "sentido de la belleza" o el "sentido de la expresión", podrá convertir aquellos medios técnicos, quizá exquisitos, en medios para producir monstruosidades. Ha perdido este "sentido de la Iglesia", por ejemplo, quien toma como equivalentes el ser "investigador" con el ser "sembrador de errores". A veces lo dicen así: "Quien *investiga* ha de estar expuesto a *errar*; con tal que esté pronto a someterse a la Iglesia, ya basta".

No basta, y es un solemne dislate decirlo. Sería como decir a un joven conductor de autos: quien conduce un auto ha de estar expuesto a un accidente. Cierto, ha de estar dispuesto a un accidente, pero ¿de qué manera? ¿Para que con esta excusa pueda lanzarse temerariamente a grandes velocidades en el interior de una calle, o cuando ni la carretera, ni el coche, ni su estado psíquico lo permiten? El accidente ha de ser verdaderamente "accidental", que venga después de *poner todos los medios* que prudentemente procediendo se deben poner. Se ve que es así, porque si verdaderamente es algo accidental, sucederá muy pocas veces con respecto al número de veces que se toma el coche. Pero ¿son pocas las veces que ciertos escritores teólogos, filósofos, culturalistas de nuestros días, van errando, escandalizando, lanzándose a afirmaciones infundadas o temerarias estos últimos veinticinco años?

Santo Tomás de Aquino fue un gran investigador, pero poseía el "sentido de la Iglesia": si erró en el dogma de la Inmaculada Concepción, fue en él verdaderamente accidental, no fue imprudencia ni culpa de su actitud previa como investigador. San Roberto Belarmino fue un gran investigador, poseído del "sentido de la Iglesia": si quizá fue prematura su exposición de la teoría del poder indirecto del Papa, que ocasionó que Sixto V pusiera en el Índice uno de sus tomos, fue algo realmente accidental. El venerable Francisco Suárez fue un gran investigador y "eximio" en el "sentir con la Iglesia": si se le criticó en el asunto de la confesión a distancia, ciertamente no fue porque no tuviera este cuidado exquisito, esta como connaturalidad con la Iglesia, ni porque procediera temerariamente. Pero ¿qué tiene que ver esta actitud con la de quienes imaginan y dicen que el investigador ha de decir cosas nuevas, sin cuidar de que sean temerarias o erróneas?

En este punto hay un confusionismo extraordinario, reconozcámoslo. Sin reconocerlo y sin poner los medios oportunos para evitarlo, el apostolado se convierte en algo parecido a lo que sería disparar una batería al aire, en todas direcciones. Sí, alguna bala quizá dará por casualidad en el blanco, pero matando con la mitad de las restantes a amigos que están cerca y desorientando con la otra mitad a los que miran desde lejos. Asimismo, sugiriendo, apuntando genialidades, lanzándose a aventuras ciegamente, quizá se conseguirá ser tenido por genio, pero no por apóstol de Jesucristo.

Su Santidad Pablo VI tiene a este propósito en su encíclica *Ecclesiam suam* unas normas preciosas. Recordemos algunas de ellas:

a) *Adaptación buena, no mala adaptación*: “La fascinación de la vida profana es hoy poderosísima. El conformismo les parece a muchos ineludible y prudente. Quien no está bien arraigado en la fe y en la práctica de la ley eclesial, fácilmente piensa que ha llegado el momento de adaptarse a la concepción profana de la vida, como si ésta fuese la mejor, la que un cristiano puede y debe apropiarse. Este fenómeno de adaptación se manifiesta así en el campo filosófico (¿cuánto puede la moda aun en el recinto del pensamiento, que debería ser autónomo y libre y sólo ávido y dócil ante la verdad y la autoridad de reconocidos maestros!) como en el campo práctico, donde se hace cada vez más incierto y difícil señalar la línea de rectitud moral y de la recta conducta práctica” (15).

b) *Nada de naturalismo contemporizador*: “El naturalismo amenaza vaciar la concepción original del cristiano, que todo lo justifica y todo lo califica como de igual valor, atenta al carácter absoluto de los principios cristianos” (16).

c) *El sentido de obediencia*: “Prontitud en la obediencia, hoy no menos debida que en el pasado y acaso más difícil, ciertamente más meritoria, porque es guiada más por motivos sobrenaturales que naturales. No es la conformidad al espíritu del mundo, ni la inmunidad a la disciplina de una razonable ascética, ni la indiferencia hacia las libres costumbres de nuestro tiempo, ni la emancipación de la autoridad de prudentes y legítimos su-

(15) Pablo VI: *Ibid.*, pág. 25-26.

(16) *Ibid.*, pág. 26.

periores, ni la apatía respecto a las formas contradictorias del pensamiento moderno las que pueden dar vigor a la Iglesia" (17). Y añade poco después: "No es flojo y cobarde el cristiano, sino fuerte y fiel."

d) *La verdad total, nada de relativismo*: "El arte del apostolado es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo, respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra profesión cristiana. El irenismo y el sincretismo son, en el fondo, formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto" (18).

2.º Actitud de avance y de perfeccionamiento.

Junto al aspecto anterior hay que señalar el que le es complementario. No usaré la palabra "adaptación", porque es una palabra que con frecuencia ha sido tomada como sinónima de "claudicación" cuando algo es nuevo, o moderno, o de moda, sin tener en cuenta lo que dijo un escritor, muy objetivo y amante de la verdad, acerca de un libro que querían imponer a fuerza de alabanzas y a fuerza de admiraciones (¡con frecuencia se aplaude frenéticamente aquello que menos lo merece! —dijo acertadamente Tamayo en *El drama nuevo*): "Sí, hay en este libro mucho bueno y mucho nuevo, pero lamento que lo bueno no sea nuevo y lo nuevo no sea bueno." Por ello, en vez de "adaptación" podríamos decir "perfeccionamiento".

En este sentido es exacto que no nos podemos anquilosar. No pocas veces sucede que el miedo a todo cambio (el perfeccionamiento es "una clase de cambio") puede resultar un expediente cómodo para defender nuestra pereza, ya intelectual, ya práctica. No ha de ser así. Como tampoco es admisible que no quede en el error

(17) *Ibíd.*, pág. 27-28.

(18) *Ibíd.*, pág. 42.

algo de verdad, que podemos cuidadosamente reconocer allí donde esté, y a veces en ciertas circunstancias este "poder" se convertirá en un "deber".

Ha sido también Pablo VI quien ha descrito maravillosamente las condiciones de un apostolado fructífero, cuando ha señalado las del verdadero y buen diálogo: "Esta forma de relación manifiesta por parte del que la entabla un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil. Aunque es verdad que no trata de obtener de inmediato la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad, busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones" (19).

A continuación señala el Sumo Pontífice tres características que ha de tener el diálogo apostólico: ha de tener *claridad* (¡cuántas veces se esconde la vaciedad de pensamiento y el temor de ser comprendidos —y, por tanto, criticados— bajo la capa de la oscuridad misteriosa o pedante!); ha de tener *afabilidad*: "El diálogo —dice el Papa— no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso" (20); ha de tener *confianza* en el valor de la propia palabra y para promover la amistad con el interlocutor; ha de tener *prudencia* como norma pedagógica elemental, y también para saber sabiamente perfeccionarse acomodándose en lo posible: "¿Hasta qué punto debe la Iglesia acomodarse a las circunstancias históricas y locales en las que desarrolla su misión? ¿Cómo debe precaverse del peligro de relativismo que llegue a afectar su fidelidad dogmática y moral? Pero ¿cómo hacerse al mismo tiempo capaz de acercarse a todos para salvarlos a todos? *Me he hecho todo a todos* (I Cor. 9, 22). Desde fuera no se salva el mundo" (21).

Todavía añade el Papa estas preciosas palabras: "Hace falta, aun antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, cuando lo merece, secundarlo" (22).

(19) *Ibíd.*, pág. 39.

(20) *Ibíd.*, pág. 40.

(21) *Ibíd.*, pág. 41.

(22) *Ibíd.*, pág. 41.

VII

CONCLUSION

Bien advierto que para un tema tan extenso y tan arduo como es el que me he propuesto al encabezar esta exposición sobre la inseguridad del hombre de hoy, todo lo que pudiera decir no sería más que aflorarlo ligeramente.

Puede ser, no obstante, una llamada, una sugerencia, un estímulo. Así como se difunden en el mundo de los intelectuales católicos corrientes que son a veces como cierta psicosis colectiva de "adaptación a lo moderno", otras veces una parálisis infantil del pensamiento ante el "mito" que difunde tiránicamente la moda entre sus admiradores y voceadores; también es verdad que en no pocas ocasiones oímos la llamada a una *auténtica autenticidad*, si se permite esta expresión, aquella que ni quiere caer en la corriente anterior ni en la que está en el extremo opuesto, que incurre en la pereza y rutina. A veces nos contentamos con un comodín, que oí hace años a cierta personalidad (por cierto, no era de España), a quien proponían un cambio razonable: "Siempre se ha hecho así", respondía, como si la sola razón de que "siempre se ha hecho así" fuese motivo suficiente para mantener una costumbre poco razonable. Sería como mantener el cultivo por medio del arado romano en aquellas regiones en que todavía hoy se usa y rechazar los tractores por la razón (falsa razón, pues es insuficiente) de que siempre se ha hecho así.

Hemos de perfeccionar nuestro mismo apostolado, ni malbaratando los tesoros de tradición y de santidad que están cristalizados en él, ni anquilosándolo en una rutina injustificable. Este perfeccionamiento es lo que pide el saber negociar con los dones que Dios ha puesto en nuestras manos: "Cierta hombre de noble linaje se partió para un país lejano con el fin de asegurarse la posesión de un reino y volver luego. Y habiendo llamado a diez siervos suyos, les entregó diez minas y les dijo: «Negociad en tanto que vuelvo»" (Luc. 19, 12-13).

Es nuestra fidelidad, nuestro amor a la Iglesia de Jesucristo, quien nos obliga a poner nuestras personas al servicio del "Rey Eterno", como dice San Ignacio en este magnífico medio de formación espiritual que son sus Ejercicios.

El Rey Eterno, Jesús, nos llama a una causa incomparablemente más noble que todas las otras causas soñadas, por las cua-

les, sin embargo, tantas veces los hombres venden sus vidas —y ¡qué baratas las venden!— y venden su corazón.

El servicio del Rey Eterno pide que llevemos tan lejos, tan lejos, el amor a El, que no retrocedamos ni ante la propia inmólación: éste es el verdadero amor, el amor de benevolencia, el amor de amistad. Sólo que quien lo dirige a Dios, en la entrega de sí mismo, recibe la total posesión del Bien infinito. La entrega resulta, en realidad, una posesión: "Fecerunt itaque civitates duas amores duo; terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, caelestem vero, amor Dei usque ad contemptum sui. Denique illa in se ipsa, hac in Domino gloriatur. Illa enim quaerit ab hominibus gloriam; huic autem Deus conscientiae testis, maxima gloria est", dice con palabras de genio San Agustín: "Dos amores construyeron dos ciudades, a saber: la terrena, el amor de sí hasta el desprecio de Dios: la celestial, empero, el amor a Dios hasta el desprecio de sí. Al fin, aquélla se gloria en sí misma; ésta, en el Señor se gloria. Pues aquélla busca la gloria de los hombres; pero a ésta, Dios, testigo de su conciencia, le es la máxima gloria" (23).

(23) S. Agustín: *De Civitate Dei*, libro 14, cap. 28; PLM 41, 436.